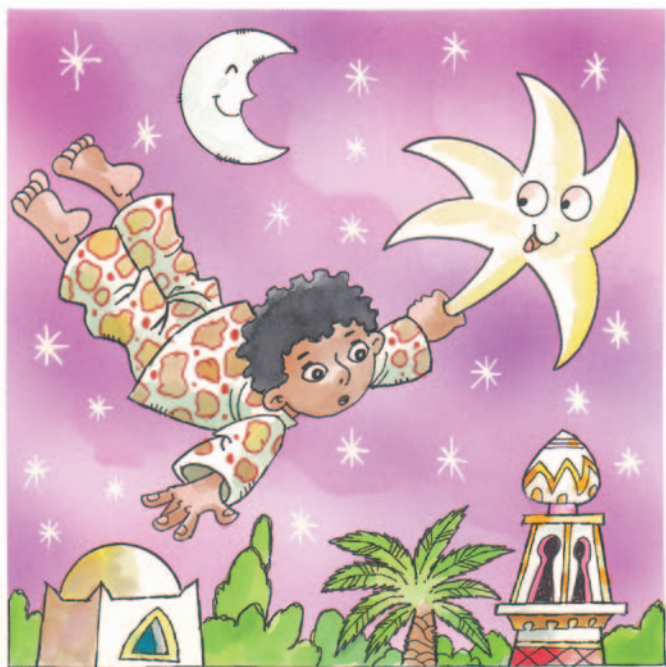




Los Sueños de Khadim

MERCÉ VIANA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

copion

Fotomecánica

copion

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-96485-34-1

© Mercé Viana

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es

Los Sueños de **Khadim**

MERCÉ VIANA



Mercé Viana



¿Conoces a la autora?

Mercé Viana, Libra y escritora mediterránea, nació en Alfafar. Es licenciada en Ciencias de la educación y en la actualidad compagina la creación literaria con la investigación pedagógica.

Le han concedido diferentes premios literarios (Vila Benetússer, La Forest d'Arana, Ciutat d'Alzira, Carmelina, Samaruc...) otros de innovación educativa de la Conselleria de Cultura y ha

obtenido diversas becas literarias de la Diputación de Valencia. Ha dirigido una revista pedagógica valenciana y escribe en las dos lenguas oficiales de su comunidad.

Tiene publicadas más de cuarenta obras de literatura infantil y juvenil, entre las que podemos citar *Un mago de cuidado*, *Un brujo que embruja*, *El sabio Cirilo*, *El bagul de les disfresses*, *Una misión para Carlitus Holmes*, *El amplio mar de Julio Verne*, *¿Qué le pasa al abuelo?*

Els pirates van a Roma,... así como más de cincuenta publicaciones pedagógicas.

También sabemos que le gusta la poesía, viajar y contemplar su mar.

Rellena tu ficha



Mercé Viana es de

.....

Su signo del zodiaco es

..... y ha dirigido una

.....

Actualmente se dedica a

.....

Y ha obtenido premios

..... de Innovación

.....

y algunas.....

Escribe en

¿Cuál es el otro género literario

por el que Mercé siente afición?

.....

Escribe el nombre de otros cuentos
publicados en esta colección:

.....

.....



—**P**apá, ¿de verdad que me vas a llevar al circo?

—¿Otra vez, Khadim? ¿Cómo quieres que te lo diga, hijo? No llevo la cuenta, pero seguro que esta es la que hace 232 veces que me lo has preguntado.

—¡Jo, qué exagerado eres papá!

En el fondo, Khadim no se lo acababa de creer. Después de seis meses viviendo en el nuevo país, era la primera vez que la familia

se permitía un capricho. Días atrás, mientras comían, la madre le había dicho.

—Cariño, el sábado cumplirás diez años y papá y yo hemos decidido pensado hacerte un regalo. ¿Tienes ilusión por algo en particular?

¡Vaya pregunta!, había pensado Khadim, y tanto que tenía ilusión, pero no por una, sino por muchas cosas. A Khadim le gustaría tener un chándal nuevo, un súper estuche de lápices de mil colores, un balón, un juego de la Play, y... esto sí que era un problema, porque ahora no sabía qué escoger.

—Khadim, ¿no dices nada?
—volvió a decir la madre.

—No le atosigues, mujer, que se lo está pensando —comentó el padre.

De pronto, un vozarrón fuerte, potente, atravesó las paredes de la casa.

“¡Señoras y señores! ¡Grandes y pequeños! ¡Gordos y delgados! ¡Altos y bajitos! Si queréis pasar una tarde inolvidable, venid, venid con nosotros. La gran familia del Circo Intergaláctico os ofrece los mejores trapecistas de Italia, los payasos más simpáticos de América y los animales más feroces de África.

¡Venid, venid a nuestro circo! Conoceréis a un mago de verdad, un mago que...”.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya sé lo que quiero que me regaléis! —exclamó de pronto el muchacho—. ¡Quiero ir al circo!

Los padres, al ver el brillo de los ojos de la criatura, rieron un poco mientras decían:

—¡De acuerdo, de acuerdo, cariño! Si lo que quieres es ir al circo, eso será tu regalo.

Aquella misma tarde a Khadim le faltó tiempo para contárselo a sus compañeras y compañeros de clase. ¡Qué ilusionado estaba! Él nunca había asistido a una función de circo, tan solo lo conocía por un libro que le había dejado su profesora Nines, en el que había leído un cuento breve sobre el circo. Los dibujos que contenía le habían despertado su curiosidad y su imaginación, aunque también recordaba algunas de las historias que le había contado su abuela, cuando aún vivía en su país y la luna empezaba a dejarse ver allá en el horizonte... cómo le gustaba escuchar a su abuela cuando le explicaba todo aquello del zoco de la gran ciudad, un mercado al aire

libre, donde el abuelo compraba los animales y se reía de las cosas que decían los cómicos, y escuchaba los cuentos que los contadores de historias narraban... Un día el abuelo le prometió que cuando fuera mayor le acompañaría al zoco, pero nunca lo llevó, porque una mañana, su madre le comunicó que debían hacer un largo viaje para reunirse con su padre que estaba en otro país, y Khadim aún no se había hecho mayor.

También los otros niños y niñas habían oído aquel vozarrón fuerte, potente y en la clase reinaba un follón de mil diablos.

—Yo también quiero ir al circo, pero mi madre dice que si no me porto como un santo, no iremos, ¿sabéis cómo se portan los santos?

—preguntaba Miguel, un niño con los cabellos de punta.

—Mi padre dice que ya veremos, que ya veremos, y yo no sé qué es lo que hay que ver que no sea el circo —comentaba Elena, una niña rubia y de cara tan blanca como la nieve.

¿Queréis callar? —exclamó la maestra—. Esta tarde parecéis unas cotorras. Por hoy ya habéis hablado bastante, que nos toca hacer plástica.

—¿Podemos hacer un circo? —preguntó alguien.

—Sí, sí, ¿podemos hacer un circo? —preguntaron un montón de voces.

—¡Imposible! No tenemos el material que necesitamos y... Bueno... se me ocurre que esta tarde

podrías dibujar el circo que ahora mismo tenéis en vuestra cabeza, el que os estáis imaginando, y mañana os traéis cartulinas, papel de celofán, pegamento y tijeras y lo confeccionáis, ¿de acuerdo?

No hizo falta ni una sola palabra más. Las criaturas cogieron un folio y comenzaron a dibujar el mejor circo del mundo.

Khadim también dibujó, pero su dibujo fue muy diferente al de los demás. El circo, simple copia del que había visto en el cuento, estaba en medio de un zoco, del zoco que tantas veces había imaginado. A la puerta se encontraba un cómico haciendo reír a la gente y casi al lado se veía a algunas personas que, en círculo, escuchaban a un anciano de barbas blanquísimas y larguísimas. Era el cuentacuentos.

Khadim había llegado a España nueve meses antes, aunque Said, su padre, ya llevaba un año en el país. Llegó, como muchas otras personas, buscando una vida mejor que la que tenía allá en su amada tierra que tuvo que abandonar. Su propósito inicial era pasar de España a Francia, porque sabía hablar y escribir el francés, una lengua que había aprendido en la escuela y que, posteriormente, había perfeccionado en sus estudios de secundaria. A Said le hubiera gustado ir a la universidad para convertirse en ingeniero y ayudar a su gente, pero no pudo ser. Su familia ya había hecho un gran sacrificio para que acabara los estudios del bachillerato y ahora lo necesitaban para trabajar, necesitaban sus brazos, su esfuerzo para sacar a las tierras algún fruto



que les permitiera una vida sin tantas estrecheces.

Said no disponía del dinero necesario para pasar a Francia y tuvo que quedarse en España. Al principio, tuvo que trabajar aquí y allá para sobrevivir y ahorrar todo el dinero posible para poder continuar su viaje. En poco tiempo, Said aprendió a hablar español y, finalmente, se instaló en un pueblecito que enseguida le ofreció la posibilidad de un trabajo seguro y permanente y, por lo tanto, la posibilidad de quedarse el tiempo que quisiera. Said se lo pensó mucho hasta que decidió abandonar la idea de irse a Francia. Se quedaría en aquel pueblo que tan bien lo había acogido. Vivía con lo mínimo para ahorrar el máximo. Necesitaba el

dinero para poder traer a Kahina, su esposa, y a Khadim, su querido hijo.

Cuando Kahina recibió el dinero y una carta con las instrucciones a seguir para llegar al pueblecito, lloró. Lloró de alegría y lloró de tristeza. De alegría porque después de tanto tiempo, podrían estar juntos de nuevo los tres y de tristeza porque tendría que abandonar todo aquello que llenaba su mirada, a todos aquellos que formaban parte de su alma, todo lo que, hasta aquel momento, había sido su vida.

Kahina también sabía francés y, desde que intuyó, por las cartas de su marido, que España iba a ser el país que los acogería en un futuro bien próximo, se preocupó de

ir aprendiendo algunas palabras, algunas frases en español y, con los ojos casi llorosos, jugaba con su hijo a repetir lo que aprendía de un libro que uno de sus antiguos profesores le había dejado.